



LECCIÓN 23. TRES ACONTECIMIENTOS CLAVE EN LA VIDA DE JESÚS

Recuento del panorama bíblico del Antiguo Testamento

Después de la caída de Adán y Eva en pecado Dios, por su gracia, proveyó de un medio para la salvación, profetizado desde Génesis 3:15: la promesa de dar una simiente que heriría la cabeza de Satanás y de la muerte. Y esa simiente es Jesucristo.

A lo largo de la historia bíblica del Antiguo Testamento, observamos cómo Dios escogió al pueblo de Israel para ser su pueblo, a partir de la descendencia de Abraham (Génesis 12:2-3; 13:14-16; 15:5-6; 17:1-7). A través del pueblo israelita, Dios traería dos grandes regalos: su Palabra y el Mesías, que es Jesucristo. Dios cuidó a su pueblo y lo liberó de la esclavitud en Egipto, lo cuidó en el desierto y le dio la conquista completa de la tierra prometida. Más adelante se nos narra la época de los reyes que gobernaron al pueblo de Israel y vimos que fueron pocos los que amaron a Dios y lo obedecieron. El más sobresaliente de todos fue el rey David, con quien Dios hizo un pacto, prometiéndole un descendiente que reinaría eternamente. Y ese rey prometido es Jesucristo (2 Samuel 7:12-16; 1 Crónicas 17:11-14; Jeremías 33:15-17).

El pueblo de Israel pecó gravemente contra Dios, adorando a otros dioses. Dios envió profetas que hablaban al pueblo y a los reyes para que se arrepintieran de su maldad, pero no escucharon. Así que recibieron un fuerte castigo, pues Dios permitió que fueran llevados a otras naciones para ser esclavos (2 Reyes 18:9-37; 25). Aún con todo, durante esos años de exilio no les faltó palabra de Dios dada por los profetas, donde el Señor les recordaba su amor y su cuidado a pesar de su rebeldía. Y les hizo regresar de su cautiverio y habitar nuevamente en su tierra, reconstruirla, reconstruir el templo y los muros de la ciudad.

Pero Dios guardó silencio durante 400 años. Y fue sin duda en ese tiempo de silencio cuando más anhelaron estudiar la palabra de Dios y cuando más anhelaron que viniera el Mesías prometido. En el año 63 a.C. Roma conquistó Israel y así los israelitas perdieron su independencia. Nunca habían deseado tanto ver la salvación de Dios y conocer al descendiente de David que les daría la libertad del imperio Romano. Pero en sus planes perfectos, Dios anhelaba salvar a su pueblo de un problema más grave que la opresión Romana; quería salvarlos de sus pecados. Y ahí comienza el primer evento clave en la vida de Jesús: su nacimiento.

I. El nacimiento de Jesús

Solamente Dios podía salvar a su pueblo del pecado y darles la libertad espiritual que necesitaban. Sólo Dios podía extender esa salvación al mundo entero, para que alcanzara también a los gentiles, los no judíos. Entonces Dios decidió romper el silencio guardado por 400 años y venir a este mundo en forma de hombre, en la persona de Jesús. (Leer Mateo 1: 18-25).

Jesús fue engendrado por el poder de Dios, concebido por el Espíritu Santo en el vientre de una joven virgen llamada María. Debía ser así, porque se necesitaba un Salvador sin pecado, que viniera de la



forma más limpia posible; y esto sólo podía lograrse sin la intervención de un varón, pues por la caída de Adán es el varón el que transmite la simiente o semilla pecaminosa (Romanos 5:12).

Y para habitar entre nosotros escogió a una familia conformada por un sencillo carpintero, justo y obediente, descendiente del linaje de David, llamado José (Mateo 1:19); y por su prometida, una joven virgen llamada María, que no dudó que Aquel que la había elegido por su gracia haría con ella todo lo que había dicho, pues *nada hay imposible para Dios* (Lucas 1:37). No escogió a una familia real o sacerdotal, con recursos económicos o influencia en la sociedad. Escogió a una familia pobre, sencilla pero temerosa de Dios. Y para que la profecía se cumpliera al pie de la letra, Jesús nació en una ciudad pequeña, la ciudad de Belén, según estaba profetizado en Miqueas 5:2. (Leer Lucas 2: 1-7).

Al estudiar brevemente cada evento, es necesario resaltar al menos una virtud de nuestro Señor Jesucristo con el fin de imitarlo y así aplicar su vida a la nuestra. Y al haber estudiado su nacimiento, vemos cómo resalta su HUMILDAD. Al Mesías, nuestro Salvador, al Rey y Señor del universo, no le importó venir a nacer en un establo, y ser acostado en un pesebre, con tal de salvar a su pueblo de sus pecados y cumplir al pie de la letra la profecía. Pudo haber nacido en una cuna de oro pero eligió la de cemento y paja.

No hay mayor ejemplo de humildad que el del Señor y no hay virtud que nos deba caracterizar más como mujeres cristianas que la humildad de Cristo (Mateo 11:29; Filipenses 2:5-8). Ser humilde, como Cristo, significa tener la actitud de siervas; es apartarnos de la soberbia y la vanidad, que caracterizan a tantas mujeres y despojarnos de nosotras mismas y de nuestros intereses para buscar a Dios. ¿Nos caracteriza la humildad? ¿Los demás ven en nosotras la humildad de Cristo en nuestra vida, en nuestro carácter, en nuestra forma de hablar y de pensar? ¿O nos caracteriza más la soberbia, la vanidad, la presunción, la arrogancia, la autosuficiencia?

El Señor vino a nacer con humildad para Salvarnos, cumpliendo a detalle la profecía. Imitemos su humildad en nuestra manera de vivir, lo cual no significa hacer votos de pobreza sino ser humildes en nuestro corazón, amables, buenas, sencillas; con aprecio a la gente pobre, pues fue a los pobres a quienes el Señor eligió para que fueran su familia. Nos debería caracterizar nuestra actitud de siervas de Dios y servidoras de nuestras familias, de nuestros hermanos en Cristo y de la gente en general, y no la queja por nuestras circunstancias, pues nuestro el Señor nunca se quejó de las suyas.

II. El bautismo de Jesús

Poco se nos habla de la infancia del Señor, pero los detalles que vemos en los evangelios son suficientes para mostrarnos que Jesús creció según las leyes naturales del desarrollo humano y que fue un niño obediente y sujeto a sus padres (Lucas 2:51-52; Gálatas 4:4).

A sus treinta años de edad, y antes de iniciar su ministerio, hubo otro evento clave en la vida de Jesús: su bautismo.



Después de 400 años de silencio por parte de Dios, el pueblo de Israel conoció a Juan el Bautista, el profeta más grande enviado por Dios a su pueblo (Mateo 11:9-11). Juan tendría la encomienda divina de preparar el camino para el ministerio de Cristo y de enderezar o hacer volver el corazón del pueblo a Dios (Isaías 40:3; Mateo 3:3; Marcos 1:2-3; Lucas 3:4-6; Juan 1:23). (Leer Mateo 3:5-6). Juan predicaba con fuerza y poder acerca del arrepentimiento de los pecados y de la venida de Cristo (Mateo 3:8-12). La gente escuchaba y respondía ante la predicación de Juan, y venían arrepentidos de sus pecados, bautizándose como símbolo de su verdadero arrepentimiento y su disposición a obedecer a Dios (Marcos 1:4-5). [El bautismo que Juan impartía es diferente al que Cristo nos ordenó en Mateo 28:20, pues ahora nos bautizamos por obediencia a Dios en el nombre de la Trinidad y como una identificación de nuestra fe en la obra de Cristo (Romanos 6:3-5)].

En ese contexto, un día el Señor Jesús también se presentó delante de Juan. (Leer Mateo 3:13-17). Jesús no había cometido pecado alguno, ni lo cometió nunca (1Pedro 2:22); por tanto, su bautismo no podía ser símbolo de arrepentimiento. Juan se oponía a bautizarlo, pues reconocía que más bien él debía ser bautizado por Jesús. Pero la respuesta del Señor nos permite comprender el verdadero propósito de su bautismo (Mateo 3:15): *Pero Jesús le respondió: Deja ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia. Entonces le dejó.* Y así **Jesús**, después que fue bautizado, subió del agua, lo que nos indica que su bautismo fue por inmersión; y después de este evento clave ocurrió una manifestación milagrosa: los cielos le fueron abiertos, el **Espíritu de Dios** descendió sobre él y el **Padre** habló diciendo (Mateo 3:17): *Éste es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia.*

Jesús decidió bautizarse antes de comenzar su ministerio, como un acto de obediencia a Dios, como un acto de identificación con los pecadores y como un acto para darnos ejemplo. Él asumió su humanidad por completo. Fue totalmente humano y, sin embargo, nunca dejó de ser Dios, lo cual se conoce como el *carácter hipostático de Cristo*. Si bien nunca pecó, decidió identificarse con los que sí pecamos, haciéndose como uno de nosotros y obedeciendo así a su Padre en la encomienda de salvar a los pecadores. Como dice 2 Corintios 5:21, hablando de Cristo: *Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.*

Y de este evento clave aprendemos de Jesús la segunda virtud de su carácter: su OBEDIENCIA. Antes de comenzar su ministerio público, Jesús decidió obedecer a su Padre en lo privado a través de su bautismo (Jesús aún no era reconocido públicamente). Y a partir de ese evento, su obediencia fue completa hasta la muerte, y *muerte de cruz* (Filipenses 2:8).

Podemos aprender que la obediencia a Dios en nuestra vida es de gran valor para Él y de la misma manera en que la Trinidad fue manifiesta en el bautismo de Cristo, también en nuestra vida sucede así, pues cuando le obedecemos seguimos el ejemplo de Cristo, somos guiadas por el Espíritu Santo y agradamos al Padre, complaciéndolo como Cristo lo hizo. Nuestra vida debe caracterizarse por la obediencia a Dios, comenzando por el bautismo. Pero también en nuestra vida cotidiana hay mandamientos generales y específicos que Dios nos ha dado como cristianas y como mujeres para obedecer. Por ejemplo:

Desechando la mentira, hablad verdad... (Efesios 4:25)

... No se ponga el sol sobre vuestro enojo... (Efesios 4:26)

Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca... (Efesios 4:29)

Soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros (Colosense 3:13)



Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, porque esto agrada al Señor (Colosenses 3:20)

Casadas, estad sujetas a vuestros maridos, como conviene en el Señor (Colosenses 3:18)

...considerando vuestra conducta casta y respetuosa (1 Pedro 3:2)

Vuestro atavío no sea el externo... sino el interno, el del corazón, en el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios (1 Pedro 3:3-4).

Es mucho lo que espera Dios de nosotras como mujeres cristianas y es mucho el poder que tiene para ayudarnos a ser lo que quiere que seamos. Cristo se bautizó como un acto de obediencia a su Padre; obedeciendo a Dios en lo privado para poder obedecer en lo público. Sigamos su ejemplo.

III. La tentación de Jesús

Ahora leamos el tercer acontecimiento clave en la vida de Jesús ubicado en Mateo 4:1-11. Jesús fue llevado por el Espíritu Santo al desierto. En ese lugar, nuestro Señor ayunó cuarenta días y cuarenta noches con el fin de orar a su Padre. Antes de comenzar su ministerio, que lo llevaría a la muerte, Jesús debía depender de Dios.

Después de haber ayunado, Jesús fue tentado por Satanás, con tres propuestas que podían hacerlo caer en pecado. Primero, cuando Jesús tuvo hambre, le propuso suplir su necesidad de comida usando su propio poder, sin pedirle a Dios el pan. Después, lo llevó a lo más alto del templo y lo tentó a ponerse en riesgo para ver si Dios lo ayudaría como lo había prometido, citando el Salmo 91. Y por último, le mostró todos los reinos y sus riquezas y le propuso tenerlos sólo para él, con la condición de postrarse y adorarlo. En todas éstas propuestas, Satanás se acercó sembrando una duda: *Si eres Hijo de Dios...*; porque el diablo tiende a traer incertidumbre a nuestros pensamientos para hacernos dudar de Dios, de su provisión y de su cuidado, y llevarnos a pecar.

Gracias a Dios por la vida de nuestro Salvador, quien habiendo sido tentado en todo según nuestra semejanza, no pecó jamás (Hebreos 4:15). Jesús fue tentado como hombre para pecar, y en este evento no intervino su deidad *...porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni él tienta a nadie* (Santiago 1:13). Él pudo librar la tentación y tener victoria sobre Satanás y sobre el pecado porque dependió de Dios en oración previa y obedeció su Palabra. Vemos que, en las tres respuestas a las tres tentaciones, Jesús citó pasajes de las Escrituras que se relacionaban con cada una de las tentaciones. Sus respuestas ante las tentaciones del diablo siempre incluyeron la frase: *Escrito está*. Y si lo estudiáramos más a fondo podríamos ver que las tres citas que usó para enfrentar la tentación tenían total relación con lo que estaba enfrentando, pues Jesús conocía las Escrituras y las vivía.

Y de este evento aprendemos una virtud más de su carácter: su DEPENDENCIA DE DIOS. Jesús pudo haber dependido de él mismo y de sus fuerzas para luchar contra la tentación directa de Satanás. Pero sabía que la salvación del mundo entero estaba en riesgo. Debía depender de su Padre, y le tomó 40 días y 40 noches de oración intensa y un conocimiento profundo de las Escrituras. ¡Eso es depender del Padre en el poder del Espíritu Santo!

Nosotras también podemos imitar esa dependencia de Dios. Si hemos conocido a Cristo, ahora somos sus representantes, sus embajadoras (2 Corintios 5:20); y podemos ser de ayuda para que otros le conozcan también (o para que no quieran saber nada de él). Necesitamos depender de Dios con la



misma intensidad que Jesús dependió del Padre. Más que haciendo ayunos, o dejando de comer ciertos alimentos, nuestro Dios nos anhela espiritualmente a través del tiempo en oración con él y del amor y obediencia a su Palabra. *¿O pensáis que la Escritura dice en vano: El Espíritu que él ha hecho morar en nosotros nos anhela celosamente?* (Santiago 4:5).

Depender de Dios traerá victoria a nuestra vida sobre pecados o situaciones que podemos pensar que nunca superaremos. Depender de Dios nos ayudará a perdonar a quien por nosotras mismas no podremos hacerlo. Depender de Dios nos ayudará a ser buenas esposas y madres; buenas hijas, vecinas, amigas o compañeras de trabajo. Depender de Dios nos traerá sabiduría para hablar cuando tengamos que hablar y callar cuando debemos callar. Depender de Dios nos ayudará a combatir la ansiedad, el temor y la depresión. Depender de Dios en oración y obediencia a su Palabra nos ayudará a salir victoriosas de las tentaciones y pruebas que cada día enfrentamos. Y cabe resaltar que ser tentado no es lo mismo que pecar, pues nuestro Señor nunca cayó en pecado. Ser tentado es ser invitado a hacer lo malo ante Dios, pero no necesariamente es pecar, porque eso depende de nosotras, y nosotras, si dependemos de Dios, podremos soportar (1 Corintios 10:13). Así que luchemos cada día por tener ese tiempo a solas con nuestro Dios, con la misma fuerza y entrega que Jesús.

El Señor dejó todo por estar 40 días orando, y a lo largo de su vida siempre lo vemos dándole prioridad a tener un tiempo a solas con su Padre. Ese es nuestro ejemplo a seguir, y si algo nos está impidiendo estar a solas con Dios, entonces hay que hacer ajustes. Si es la televisión, el celular, las múltiples actividades de la casa, la escuela de los hijos, el trabajo, incluso, los ministerios de nuestra iglesia; debemos hacer ajustes y, de ser necesario, dejar ciertas actividades. (Leer Deuteronomio 30:19-20). Escojamos la vida al lado de nuestro Dios, como lo hizo Jesús con su Padre. Solamente así podremos tener vidas victoriosas y santas delante de Dios y seremos de bendición a nuestras familias y a otras personas.